

LA EDUCACIÓN DE ADULTOS/AS EN TIEMPOS DE LA PANDEMIA EN LA ARGENTINA

Por Fernando Santana

Desde el 20 de marzo Argentina ha entrado en la cuarentena social preventiva y obligatoria. Los números que arroja esta pandemia al día de hoy nos muestran un total 4887 casos confirmados y 262 personas fallecidas. Los números lejos están de ser los más altos en la región, por el contrario, hay índices que indicarían cierto achatamiento en la curva de la evolución del virus, e incluso, que se podría demorar el pico máximo de la evolución del mismo, pensado para finales de mayo, principios de junio. Otros datos arrojan una preocupación en estos tiempos. Como ser, la cantidad de femicidios cometidos en lo que va del año (se eleva a un total de 112), y a su vez, se mira con preocupación el aumento alarmante de situaciones de violencia de género, que las condiciones de aislamiento no hacen más que agravar. En los últimos días se han detectado los primeros casos confirmados en los mayores asentamientos del país, en las llamadas villas de emergencia, lo que puede indicar la posibilidad de un crecimiento exponencial en la cantidad de personas infectadas. Porque el cumplimiento del aislamiento social y obligatorio encierra en su misma condición una profunda cuestión de clase.

Esta situación nos lleva a reflexionar sobre la fragilidad del sistema capitalista (que en su variante neoliberal destruyó la educación, el trabajo, la salud, los derechos laborales) y demuestra su precariedad, su incapacidad para resolver las necesidades más urgentes y necesarias. A la vez que potencia las desigualdades y precariedades existentes en esta situación (desigualdades materiales, sociales y culturales). Slavoj Žižek pronostica el fin del capitalismo, al menos del que conocemos. En palabras del autor: “El virus puso en evidencia que vivíamos con otro virus dentro, naturalizado: el capitalismo. Es una oportunidad para liberarse de la "tiranía del mercado". Pensamos que estamos ante una crisis del paradigma capitalista. Y como tal, en su acepción más gramsciana, crisis equivale a posibilidad: esta pandemia nos coloca ante el desafío histórico y la posibilidad de que emerja algo nuevo, de que emerjan nuevos paradigmas, nuevos entramados y por qué no, nuevas relaciones sociales que nos permitan construir otro mundo posible.

La debilidad del sistema capitalista se demuestra en que en los días que llevamos en esta situación millones de personas se encuentran en situación de deterioro de sus

condiciones de vida. Miles que ya no tienen para comer. Miles que deben pedir un subsidio al Estado para llegar a fin de mes. Miles que deben compartir la comida para que ésta dure lo más posible. Miles que acceden a un sistema de salud precario y colapsado. Si bien el Estado ha implantado algunos planes sociales con la finalidad de apalear la crisis, estas propuestas lejos están de resolver las violencias estructurales de la desigualdad y mucho menos, el problema del hambre o del acceso desigual a los bienes, servicios y a una vida digna.

Esta reconfiguración del escenario local y mundial nos obliga como educadores/as populares a plantearnos nuevos desafíos y ubicarnos frente a una nueva situación, que agrava no sólo las condiciones de desigualdad económica y social; sino que también profundiza la brecha educativa que ya existía.

La educación de Adultos y la Educación Popular en Argentina

En Argentina 14 millones de personas no han culminado sus estudios secundarios según los datos proporcionados por el Censo Nacional Habitacional del año 2001, y los estudios preliminares del Censo 2011, que según los estudios de Sirvent y Stein (2018) no muestran cambios significativos en las proporciones. Es sabido que, de ese número total, solo es una pequeña porción la que decide finalmente acceder a culminar sus estudios correspondientes a la educación media.

La educación de adultos en Argentina (aunque también en la región) está caracterizada no solo por la edad de aquellos que están por fuera del sistema educativo sino también por su condición social. En ese sentido, existe una estrecha relación entre la clase social y las condiciones de vida y las posibilidades de culminación de los estudios. Así, no sorprende que sean los sectores populares, los marginados, los desclasados, los trabajadores, los jóvenes excluidos los principales destinatarios de esta propuesta, que, sin embargo, sigue rigiéndose en su lógica con los parámetros de la educación primaria, y por eso mismo, perpetúa la desigualdad y las posibilidades de permanencia. En otras palabras, son aquellos que el sistema ya ha excluido. Son aquellos a los que hoy el sistema vuelve a golpear en esta situación de aislamiento. Esta población se encuentra en situación de vulnerabilidad en todos sus sentidos. Diferentes sujetos históricos han configurado a lo largo de la historia de nuestro país al destinatario "ideal" de la educación de adultos. El inmigrante, el gaucho, el trabajador, las mujeres, han sido las representaciones que en

distintos momentos han cobrado relevancia, aunque con propuestas incompletas que no alcanzaron a realizar un abordaje integral de la propuesta y mucho menos, una respuesta que satisficiera las demandas educativas y sociales de estos amplios sectores de la población.

En los albores del siglo XXI, en el marco de la cuarta revolución industrial y de la emergencia de la inteligencia artificial, son estos mismos estudiantes los que se encuentran por fuera de este proceso. El acceso a la tecnología es solo instrumental y mínimo, y no está al alcance de todos: el acceso a estos dispositivos sigue siendo una cuestión de privilegio de clase, y lejos está de ser un derecho garantizado para toda la población.

La educación popular y desde nuestra experiencia de Bachilleratos Populares en Argentina, trabaja con ese “desborde”, con ese “exceso” (Lázaro, Alfieri, Santana: 2019), con aquellos con los que el sistema no quiere trabajar o simplemente los expulsa. La apuesta es siempre política, la apuesta es al cambio de la historia, al acceso al pensamiento científico sin perder su condición de clase.

La situación educativa en el marco de la pandemia actual.

En lo que hace a política educativa, en Argentina poco se habla de la situación de jóvenes y adultos en esta emergencia educativa. Las propuestas oficiales por parte del Estado no contemplan una particularidad de trabajo con este sector de la población. En cambio, apuntan a cierta democratización del acceso a la educación, a través de la elaboración de cuadernillos para educación primaria y secundaria (con el fin de que lleguen a los territorios más remotos de la geografía local) y a la generación de contenidos audiovisuales o radiales, que se presentan como sustitutos de los y las docentes: las clases continúan; el Ministerio de Educación educa a través de estos dispositivos. Sin embargo, si se habla de una propuesta hegemónica en el marco de la decisión de Estado, ésta supone la virtualidad. Es decir, que profesoras y profesores se encarguen de reemplazar las instancias presenciales de cursada a través de plataformas digitales, que funcionan muchas veces como el mejor ejemplo de la educación bancaria, en la medida que propician un tipo de educación medible en términos de cantidades de trabajos, el conocimiento se presenta como una acumulación de consignas y el proceso de reflexión sobre el mismo, en el mejor de los casos, sucede por medio del docente, que explica unilateralmente aquello que considera que es lo más importante. De ninguna manera esto

sería equiparable a culpar a la docencia argentina; por el contrario, nos encontramos ante una situación que en su carácter de emergente y de excepcionalidad sólo desnuda la desigualdad social y la desigualdad en lo que hace a los accesos a las tecnologías. Las escuelas privadas con cuotas más altas, casi en su totalidad, ya disponían al momento de la declaración de la pandemia, de las herramientas tecnológicas que permitían la elaboración de aulas virtuales y un trabajo desde la virtualidad. Sin embargo, ante la "obligatoriedad" de su extensión a todos los sectores de la población y a todas las escuelas que se insertan dentro del territorio nacional, lo que emerge es la falta de preparación desde la formación docente del manejo de las tecnologías básicas para la sustentabilidad de esta propuesta. Lo mismo sucede de igual manera y en proporción directa con su clase social entre los y las estudiantes. El Ministerio de Educación como respuesta ha llevado la virtualidad como forma de trabajo para continuar las clases desde las casas, y esto obliga a los docentes a un sinfín de actividades que abruma a estudiantes y familias que tienen acceso a la virtualidad, pero como ya fuera mencionado, esto está lejos de ser algo universal.

Hoy los educadores populares hemos perdido uno de nuestros marcos fundamentales de construcción, el contacto con el otro y la otra. La educación popular, justamente plantea la necesidad del encuentro para poder construir otros conocimientos y otras relaciones que puedan trascender a las actuales, poder establecer el diálogo de saberes. Y esto nos lleva a replantearnos la situación. Cómo llegamos a esta situación y cómo esta pandemia nos toma desde un lugar donde hemos perdido los lazos y la construcción colectiva.

¿Qué sucede con la educación de adultos que nunca ha recibido o ha entrado en los programas de conectividad? ¿Qué sucede con aquellas familias o estudiantes que no acceden a internet? Se sigue profundizando la brecha educativa. La brecha cultural. Este año nuevamente miles de personas no terminarán sus estudios y aumentará la brecha educativa. Se ha profundizado lo que venía ocurriendo antes de la pandemia, las clases virtuales, el individualismo, y la pérdida del contacto con el otro.

El neoliberalismo va a intentar aprovechar esta situación: los planes virtuales de educación, la educación a distancia, los contenidos mínimos y adaptables, la no problematización de los mismos; la acumulación de secuencias didácticas solo para la acreditación. Esta crisis no hace más que reafirmar el lugar periférico en lo que hace a política de Estado que desde sus orígenes ha tenido la educación de adultos y adultas.

Desafíos

Creemos que es imperioso que esta situación vuelva a plantear el papel que como educadores populares tenemos en la sociedad y el debate conjunto que debemos dar ante el conjunto del sistema educativo. Las respuestas implementadas no están dando cuenta de la particularidad de esta modalidad ni tampoco posibilita la declaración de la universalidad de la educación como derecho humano cualquiera sea su rango etario. Exigir por el cumplimiento de medidas que signifiquen realmente la garantía del derecho a la educación y políticas públicas que den cuenta de los sujetos reales que son destinatarios de estas propuestas aparece como la exigencia histórica del momento. Debemos pensar estrategias conjuntas y específicas según cada situación particular, local, provincial, nacional y como región para dar la batalla cultural.

Debemos pensar qué escuela queremos y hacia dónde queremos que vaya. Es decir, no se trata de dar la pelea por una educación capitalista que siga dejando por fuera a los sectores más postergados de la sociedad. Se trata de construir una nueva escuela, más igualitaria, más humanitaria, que no reproduzca la colonialidad del saber, que no reproduzca el patriarcado, que permita la construcción de otras relaciones sociales en pos de la pelea por un mundo más justo y más humano. Debemos generar un gran movimiento pedagógico que incluya a todos los actores vinculados a la comunidad educativa para pensar otra educación en los marcos de las desigualdades actuales y la cuarta revolución industrial.

Debemos partir de nuestras realidades hacia un horizonte común, tendiendo puentes y diálogos con los educadores populares y los pedagogos críticos que busquen otras formas de construir desde la educación otra sociedad, cuestionadora de las relaciones establecidas, del neoliberalismo, del fascismo y del capitalismo actual en su etapa financiera.

Debemos, en definitiva, crear las condiciones de realización de una sociedad más justa, haciendo de la educación popular el estandarte que nos devuelva la politicidad del acto educativo y con ello, nos permita proyectar en el aquí y ahora, la sociedad a la que aspiramos.